

han de hacer, sin otra consulta ni atencion. Y como lo sensible mueve luego á las pasiones y inclinaciones animales, es forzoso que las operaciones no se hagan con sano juicio de la razon, sino con el ímpetu de las pasiones, excitadas por los sentidos y por sus objetos. Por esto se inclina luego á la venganza el que consulta la injuria solo con el dolor que causó. Por esto se determina á la injusticia el que sigue solo el apetito de la cosa ajena que miró. Á este modo obran tantos y tan infelices, cuantos son los que siguen la concupiscencia de los ojos, á los efectos de la carne y la soberbia de la vida, que son lo que les ofrecen el mundo y el demonio, porque no tienen otra cosa que darles ¹. Con este inadvertido engaño siguen las tineblas por luz ², lo amargo por dulce, el mortal veneno por medicina de sus pasiones, y la ciega ignorancia por sabiduría, siendo (como es) diabólica y terrena. Tú, hija mia, guárdate de este pernicioso error, y nunca te determines, ni gobiernes en cosa alguna solo por lo sensible y por sus sentidos, ni por las conveniencias que por ellos se te representan. Consulta tus acciones, lo primero con la ciencia y luz interior que Dios te ha comunicado, para que no obres á ciegas; y te la dará siempre para esto. Luego busca el consejo de tu prelado y maestro, si le puedes tener antes de elegir lo que hubieres de hacer. Y si te faltare prelado y superior, pide consejo á otro inferior, que tambien esto es mas seguro que obrar con voluntad propia, á quien pueden turbar las pasiones y escurecerla. Este orden has de guardar en las obras, especialmente exteriores, procediendo en ello con recato, con secreto, y conforme lo pidieren las ocasiones y caridad del prójimo que se te ofrecieren; en que es menester no perder el norte de la luz interior en el profundo golfo y navegacion del trato con criaturas, donde hay siempre peligro de perecer.

CAPÍTULO IX.

Conoció María santísima que se levantaba Lucifer para perseguir á la Iglesia; y lo que contra este enemigo hizo, amparando y defendiendo á los fieles.

Vigilancia con que la Madre de Dios, de la eminencia de la perfeccion en que estaba, cuidaba de la pequeña grey de la Iglesia.—Oracion que hizo María á su Hijo por la felicidad y propagacion de su Iglesia.—Respuesta del Señor, informándola de los trabajos que convenia padeciese su Iglesia en su imi-

¹ I Joan. II, 16. — ² Joan. III, 19.

tacion.—Salida de Lucifer con sus demonios de el infierno donde habian estado oprimidos desde el triunfo de Cristo.—Disposicion en que salieron.—Furor rabioso de Lucifer conociendo la perfeccion y aumentos de la Iglesia.—No podía llegarse á la congregacion de los fieles, y por qué.—Diligencias que hacia para reconocer si podía embestir alguna oveja del rebaño de Cristo.—Dolor de María viendo la indignacion astuta de los demonios y conociendo la flaqueza de los hombres.—Objurgacion que hizo á Lucifer para enfrenar su soberbia.—Oracion que hizo al Padre eterno por el quebranto del demonio y indemnidad de las almas redimidas.—Por ella no se atrevió entonces Lucifer á llegar á ninguno de los fieles.—Sugestiones con que movió á los escribas, fariseos y demás judíos perversos á que persiguiesen la Iglesia.—Por ella hicieron tantas juntas contra los Apóstoles.—Primera junta en ocasion de la cura del cojo que estaba en el templo.—Razon de no atreverse á castigar entonces á los Apóstoles.—Valerosa respuesta de san Pedro.—Dieron cuenta á la Virgen, y estando en oracion bajó otra vez sobre Pedro y Juan el Espíritu Santo.—Milagroso castigo de Ananías y su mujer.—Prision de los Apóstoles.—Como quitó María el impedimento que solicitaban los demonios se pusiese á la predicacion y conversion de las almas.—Palabras de objurgacion y imperio, con que arrojó María á los demonios al profundo.—Ordenó el Señor para mayor terror de los demonios, que todos le viesen sacramentado en el pecho de su Madre.—Rabioso despecho de los demonios con esta ruina.—Plática de Lucifer á los demonios con el terror que le causaba la Madre de Dios.—Determinó derribar alguno de los fieles.—Volvieron á tentar á los fieles, sin poder hallar entrada en alguno.—Hallaron en Ananías y su mujer inclinacion al dinero, y por aquí los derribaron.—Tuvo san Pedro revelacion de su pecado, y los castigó.—Conoció María las trazas del demonio, y como Ananías y Safira admitian sus sugestiones.—Clamores que dió á su Hijo con el dolor del pecado, y el mal ejemplo para otros.—Respuesta de Cristo consolándola con el fruto que sacaría del ejemplar castigo.—Oró María por los demás fieles para que no fuesen engañados.—Detenia á los demonios para que no irritasen á los judíos contra los Apóstoles.—Invocaron los Apóstoles estando presos el favor divino y el de María.—Oracion que hizo la Madre de Dios por su libertad.—Concédela el Señor su peticion.—Envió uno de los Ángeles de su guarda que los sacase libres de la cárcel.—Viéronle los Apóstoles lleno de resplandor, y les declaró como iba por orden de María.—Envió otros Ángeles que apartasen á los demonios de los magistrados y sacerdotes.—De las inspiraciones de estos Ángeles resultó el consejo de Gamaliel, y que los jueces lo admitiesen.—Despidieron los jueces á los Apóstoles con algun castigo, despues de haberlos preso otra vez.—Palabras de aliento y consuelo que dijo la Madre de Dios á los Apóstoles, dándola cuenta de estos sucesos.—Solicitud con que María cuidaba de la salud eterna de todos los creyentes.—Los mismos beneficios les hace ahora desde el cielo.—Causa de no experimentarlo todos.—Todos los que se condenan despues de la muerte de Cristo y beneficios de la intercesion de su Madre, tienen mayores tormentos.—Aprecio que deben hacer los hombres de sus almas.—Lastimosa desestimacion que hacen dellas.—Causa de ser hoy el demonio tan poderoso contra los hombres.—Escarmiento en Ananías y Safira para rendir las inclinaciones viciosas.—De tal suerte se han de rendir, que aun el demonio no pueda rastrear sus movimientos desordenados.

135. En lo supremo de la gracia y santidad posible á pura criatura estaba la gran Señora del mundo, mirando con los ojos de su divina ciencia la pequeña grey de la Iglesia que cada día se iba multiplicando. Y como vigilantísima Madre y Pastora, del alto monte en que la colocó la diestra de su Hijo omnipotente, oteaba y reconocia si á las ovejuelas de su rebaño les sobrevenia algun peligro y asechanza de los lobos carnívoros infernales; cuyo odio le era manifesto contra los nuevos hijos del Evangelio. Con este desvelo de la Madre de la luz estaba guarnecida aquella familia santa que la piadosa Reina habia reconocido por suya, y la estimaba como á herencia y parte de su Hijo santísimo escogida de todo el resto de los mortales y electa del Altísimo. Por algunos dias caminó prósperamente la navecilla de la nueva Iglesia, gobernada por la divina Maestra; así con los consejos que la daba, con la doctrina y advertencias que la enseñaba, como con las oraciones y peticiones que incesantemente ofrecia por ella, sin perder ocasion ni punto en atender á todo cuanto era necesario para esto y para el consuelo de los Apóstoles y de los otros fieles.

136. Pocos dias despues de la venida del Espíritu Santo, repitiendo estas peticiones, dijo al Señor: *Hijo mio, verdadero Dios de amor, conozco, Señor mio, que la pequeña grey de vuestra santa Iglesia, de quien me habeis hecho madre y defensora, no vale menos que el infinito precio de vuestra vida y sangre, con que la habeis redimido del poder de las tinieblas*¹; *razon será que yo tambien os ofrezca mi vida y todo lo que soy, para conservacion y aumento de lo que tanta estimacion tiene en vuestra santa voluntad. Muera yo, Dios mio, si necesario es, para que vuestro nombre sea engrandecido, y vuestra gloria dilatada por todo el mundo. Recibid, Hijo mio, el sacrificio de mis labios y voluntad, que con vuestros propios méritos ofrezco. Atended piadoso á vuestros fieles; encaminad á los que solo en Vos esperan, y se entregan á vuestra santa fe. Gobernad á vuestro vicario Pedro, para que él gobierne con acierto las ovejas que le habeis encomendado. Guardad á todos los Apóstoles, vuestros ministros y mis señores; prevenidlos á todos con la bendicion de vuestra dulzura*², *para que todos ejecutemos vuestra voluntad perfecta y santa.*

137. Respondió el Altísimo á estas peticiones de nuestra Reina, y dijola: *Esposa y amiga mia, escogida entre las criaturas para la plenitud de mi agrado, atento estoy á tus deseos y peticiones. Mas ya sabes que mi Iglesia ha de seguir mis pasos y doctrina, imitándome*

¹ Colos. 1, 13. — ² Psalm. xx, 4.

*por el camino del padecer y de mi cruz, con quien se han de abrazar mis Apóstoles y discipulos, y todos mis intimos amigos y seguidores; pues no lo pueden ser sin esta condicion de trabajar y padecer*¹. *Tambien es necesario que la nave de mi Iglesia lleve lastre de persecuciones, con que vaya segura entre la prosperidad del mundo y sus peligros. Así lo pide mi altísima providencia con los fieles y predestinados. Atiende, pues, y mira el orden con que esto se debe disponer.*

138. Luego se le manifestó una vision donde la gran Reina vió á Lucifer y mucha multitud de demonios que le seguian, y se levantaban de las cavernas infernales, donde habian estado oprimidos desde que fueron vencidos y arrojados del monte Calvario, como en su lugar queda dicho². Vió que este dragon con siete cabezas subia como por el mar, siguiéndole los demás; y aunque en las fuerzas salia muy debilitado, de la manera que se halla el convaleciente despues de una larga enfermedad y grave, que no puede casi tenerse; con todo eso, en la soberbia y enojo salia con implacable indignacion y arrogancia, que en esta ocasion se conocian ser mayores que su fortaleza, como lo dijo antes Isaias³; porque de una parte manifestaba el quebranto que en él habia causado la vitoria de nuestro Salvador y el triunfo que dél alcanzó en la cruz; y por otra descubria un volcan de indignacion y furor que ardia en su pecho contra la Iglesia santa y sus hijos. Saliendo sobre la tierra, la rodeó y reconoció toda; y luego se encaminó á Jerusalem para estrenar allí su rabiosa indignacion en las ovejas de Cristo. Comenzó de léjos á reconocerlas, acechando y circunvalando aquel humilde pero formidable rebaño para su arrogante malicia.

139. Y cuando el dragon conoció los muchos que se habian reducido á la santa fe, y cada hora iban recibiendo el sagrado Bautismo; que los Apóstoles predicaban y obraban tantas maravillas en beneficio de las almas; que los convertidos renunciaban las riquezas y las aborrecian; y todos los principios de santidad invencible con que se fundaba la nueva Iglesia; con esta novedad creció el furor que tenia, y daba formidables bramidos reconcentrándose en su misma malicia. Y como enfureciéndose contra sí por lo poco que podia contra Dios, y para beberse las aguas puras del Jordan que deseaba⁴, pretendia allegarse á la congregacion de los fieles, y no podia; porque estaban todos unidos en caridad perfecta. Esta virtud, con las de la fe, esperanza y humildad, era un castillo incon-

¹ Matth. x, 38. — ² Part. II, n. 1421. — ³ Isai. xvi, 6.

⁴ Job, xl, 18.

trastable para el dragon y sus ministros de maldad. Rodeaba y acechaba para reconocer si alguna ovejuela del rebaño de Cristo se descuidaba para embestirla y devorarla. Buscaba muchos caminos y arbitrios para tentarlos y atraer alguno para que le diese mano y entrada por donde aportillar la fortaleza de las virtudes que en todos reconocia; mas todo lo hallaba prevenido y pertrechado con la vigilancia de los Apóstoles y con la fuerza de la gracia, y mucho mas con la proteccion de María santísima.

140. Cuando la gran Madre conoció y vió á Lucifer con tanto ejército de demonios, y la maliciosa indignacion con que se levantaba contra la Iglesia evangélica, fue lastimado su piadoso corazon con una flecha de compasion y dolor, como quien conocia por una parte la flaqueza y la ignorancia de los hombres, y por otra la maliciosa astucia y furor de la antigua serpiente. Y para detener y enfrenar su soberbia, se convirtió María santísima contra ella, y le dijo: *¿Quién como Dios, que habita en las alturas¹? ¡Oh estulto y desvanecido enemigo del Omnipotente! El mismo que te venció desde la cruz y quebrantó tu arrogancia, redimiendo al linaje humano de tu cruel tiranía, te mande ahora; su potencia te aniquile, y su sabiduría te confunda y te arroje á lo profundo. Y yo en su nombre lo hago, para que no puedas impedir la exaltacion y gloria que como á Dios y Redentor le deben dar todos los hombres.* Luego continuó sus peticiones la piadosa Madre, y hablando con el Señor, le dijo: *Altísimo Dios y Padre mio, si la potencia de vuestro brazo no detiene y quebranta el furor que veo en el dragon infernal y en sus demonios, sin duda perderá y destruirá á todo el orbe de la tierra en sus moradores. Dios de misericordia y clemencia sois para vuestras criaturas: no permitais, Señor, que esta serpiente venenosa derrame su ponzoña sobre las almas redimidas y lavadas con la sangre del Cordero², vuestro Hijo y Dios verdadero. ¿Es posible que puedan ellas mismas entregarse á tan cruenta bestia y mortal enemigo? ¿Cómo sosegará mi corazon, si veo caer en tan lamentable desdicha alguna de las almas que les ha tocado el fruto de esta sangre? ¡Oh si contra mí sola se convirtiera la ira de este dragon, y fueran salvos vuestros redimidos! Yo, Señor eterno, pelearé vuestras batallas contra vuestros enemigos. Vestídmeme de vuestra fortaleza para que los humille, y quebrante su altiva soberbia.*

141. En virtud de esta oracion y resistencia de la poderosa Reina se acobardó grandemente Lucifer, y no se atrevió entonces á lle-

¹ Psalm. cxii, 5. — ² Apoc. vii, 14.

gar á nadie del colegio santo de los fieles. Pero no descansó por esto su furor, antes tomó por arbitrio valerse de los escribas y fariseos, y de todos los judíos que reconoció constantes en su obstinacion y perfidia. Fuese á ellos, y por medio de muchas sugeriones los llenó de envidia y de odio contra los Apóstoles y fieles de la Iglesia; y la persecucion que no pudo intentar por sí mismo, la consiguió por medio de los incrédulos. Púsoles en la imaginacion, que de la predicacion de los Apóstoles y discipulos les resultaba el mismo daño y mayor que de la de su Maestro Jesús Nazareno, cuyo nombre querian introducir y celebrar á vista suya; que le habian crucificado por malhechor; que redundaba esto en gran deshonor suya; y que siendo tantos los discípulos, y con tantos milagros como hacian en el pueblo, se le llevarian todo tras de sí; y los maestros y sábios de la ley serian despreciados, y no cogerian las ganancias que solian, porque los nuevos discípulos y creyentes todo lo daban á los nuevos predicadores á quien seguian; y que este daño para los antiguos maestros comenzaba á correr muy apriesa, con los muchos que ya seguian á los Apóstoles.

142. Estos consejos de maldad eran muy ajustados á la ciega codicia y ambicion de los judíos, y así los admitieron por muy sanos y conformes á sus deseos. De aquí resultó que los fariseos, saduceos, magistrados y sacerdotes hicieron tantas juntas y cabildos contra los Apóstoles, como refiere san Lucas en sus Actos. La primera fue, cuando san Pedro y san Juan en la puerta del templo dieron salud á un parálitico á *nativitate*¹, que tenia cuarenta años de edad, y era conocido en toda Jerusalem. Y como este milagro fue tan patente y admirable, se juntó la ciudad en gran multitud, estando todos asombrados y como fuera de sí². San Pedro les hizo un gran sermon³, probando como no se podian salvar en otro nombre fuera de Jesús, en cuya virtud él y san Juan habian curado aquel parálitico de tantos años. Por este milagro se juntaron al otro dia los sacerdotes⁴, y llamaron á los dos Apóstoles para que pareciesen en juicio ante los sacerdotes. Mas como el milagro era tan notorio, y el pueblo glorificaba á Dios en él, halláronse tan confusos los inícuos jueces, que no se atrevieron á castigar á los dos Apóstoles, aunque les mandaron no predicasen ni enseñasen mas al pueblo en el nombre de Jesús Nazareno⁵. Pero san Pedro con invicto corazon les replicó que no podian obedecerlos en aquel mandato; porque Dios les mandaba lo contrario, y no era justo desobedecer

¹ Act. iii, 6. — ² Ibid. 11. — ³ Ibid. 12. — ⁴ Ibid. iv, 5. — ⁵ Ibid. 18.